

L. Quintana, *Espacios Afectivos: Instituciones, Conflicto, Emancipación*, Barcelona, Herder, 2023, 216 pp.

Oriol Alegría
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.103414>

Todavía estaba leyendo este libro de Laura Quintana (Colombia, 2023) cuando me llegaron las primeras noticias de la *dana* de Valencia (España, 2024). Como la intermitencia de un rayo en el horizonte, mis pensamientos al leer se vieron afectados por el intenso presente histórico, y en mi mente no encontraba más que analogías entre realidad y lectura. Por ello, en mi lectura de la *dana* enfatice lo que leía en el libro de Quintana, y lo que reconocía en su voz de Jacques Rancière. Lo primero que reconocí: las políticas (*policy/police*) habían asignado posiciones a los individuos¹, y se había dado prioridad a la productividad y el consumo frente a la vida misma. Estas eran mis coordenadas de lectura del libro de Quintana.

Voy a permitirme ahora un excursus pues, llegado este punto, algunos lectores se habrán incomodado por el uso de una primera persona poco habitual en comunicación científica. He de comentar a este respecto que el gesto está ligado estrechamente a los contenidos del libro y a su estilo que, en calidad de reseñador, he visto indicado imitar. La propuesta a descubrir es que el pensamiento —el mío; el de todos— está, como poco, condicionado por las situaciones que rodean a quien piensa. El uso de la primera persona, indicando oportunamente las afecciones externas, parece, entonces, más veraz que el uso de una voz presentada como neutra, pues esta segunda persigue la ilusión de hallarse escindida del mundo y es o bien ingenua o tramposa. Acepto el gesto, y creo acertado reclamar una mayor transparencia sobre el *desde [dónde]* se piensa a la hora de trabajar con ciertos temas. Esta premisa es esencial para acercarse a la obra de Quintana.

Es una idea esencial porque Quintana piensa, como pronto, a través de la lectura de Rancière, en una idea clave: que la política es primeramente una cosa que le sucede y que hacen los cuerpos en espacios y en tiempos concretos. Al aceptar esta idea, no es posible ignorar el presente histórico desde el

que se piensa, así como las *afecciones* que se padece al pensar. Aparece entonces como una premisa metodológica de obligado cumplimiento, que también he querido reproducir.

Partir de este tipo de enunciación cumple con otro objetivo además de la mencionada transparencia: diluir la jerarquía implícita entre autor y lector. Esta idea también se ve en Rancière, que busca en *El Maestro Ignorante* una igualdad radical allá donde hay desigualdad informativa, como puede ser en cualquier relación de enseñanza. ¿Cómo hacerse cargo de la igualdad radical si quien lee un libro —o esta reseña misma— asume que desconoce algo que le será descubierto por el autor? Primero de todo, cambiando la mirada del lector. Segundo, la forma de enunciación del autor.

Esta es una cuestión no menor en la obra de Quintana, y vale la pena detenerse en ella, ya que le dedica todo el primer capítulo del libro que reseño. La *dana* de Valencia ha servido también para ver que la cuestión de la enunciación es un problema clave de nuestro tiempo, pues al desastre le han seguido la proliferación de discursos de odio, noticias falsas y el intento de rescribir los sucesos. Por ello, esta parte del libro enlaza con un área de la filosofía también de máxima actualidad académica: la epistemología social. Hay un problema en el trasfondo de la propuesta de Quintana que nos ha de acompañar a lo largo de toda la lectura, y es que nuestras sociedades, si es que desean perseguir la igualdad, habrán de hacerse cargo irremediabilmente de diferencias tanto cuantitativas como cualitativas en el acceso a la información. Es decir, en el juego político presente y futuro van a coexistir sujetos con mayor y mejor información que otros (términos cuantitativos; física) así como también perspectivas irreconciliables sobre el mundo (términos cualitativos; ética)²³.

¹ Esta es una idea central al pensamiento político de Jacques Rancière y puede encontrarse especialmente desarrollada en: J. Rancière, *El Desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión editorial, 1996, p. 44; J. Rancière, *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile, LOM ediciones, 2006, p. 17.

² Por supuesto no digo que estas discusiones sean originales de nuestra época, solamente que ahora son de total actualidad.

³ También soy consciente que la diferencia cuantitativo-cualitativo es una simplificación. Sin embargo, creo que es suficiente para entender que el problema no consiste solamente en la calidad de la información disponible sino en formas dis-

Alguien podría objetar: ¿pero por qué iba a ser esto un problema? ¿la democracia no consiste en buscar acuerdos? Regresando a Rancière, la política sería aquello que pasa cuando se asume que esta es la realidad de nuestras sociedades y se va hasta el final con el presupuesto de la igualdad⁴. Es decir, para que una sociedad igualitaria y al mismo tiempo plural sea posible, es necesario partir y asumir en primer lugar el disenso, no el consenso que, en cambio, esconde operaciones de dominación y silenciamiento⁵. De esta premisa se hace cargo Quintana en su obra, y lo expresa bien también en el libro, al tratar no solamente la cuestión pedagógica (la distancia entre su voz que habla y el resto que la leemos) sino también la cuestión de las voces desplazadas, en especial mujeres y colectivos racializados. Esto forma parte del giro metodológico de que participan estas propuestas: partir de la igualdad es también cambiar la forma en como pensamos los conflictos. El problema se desarrolla a lo largo de toda la lectura, pero de modo más concreto en los capítulos cuarto, quinto y octavo.

Siguiendo este punto, *Espacios Afectivos* recurre a un formato poco habitual (aunque no del todo olvidado) para la academia: la conversación. El libro se presenta como una gran entrevista que gira alrededor de las cuestiones clave de obras anteriores de Quintana, como *Política de los Cuerpos* (Herder, 2020) y *Rabia* (Herder, 2021), con el objetivo de realizar aclaraciones y convertir las explicaciones técnicas en ideas e imágenes accesibles a un público mayor. Por ello, es necesario indicar aquí que el libro no cuenta con una exhaustiva lista bibliográfica ni compone ninguna clase de sistema ordenado de argumentos. En su lugar, se desarrolla con la naturalidad de una conversación entre dos amistades, que revisan a través de 8 temas (capítulos) estas cuestiones clave a abordar.

Este formato, decía, está conectado también con una cuestión que Quintana denomina el “carácter relacional de la vida”. Aparece tratado con especial atención en el capítulo tres. Quintana entiende el campo político como un campo de interrelaciones que no se pueden esquivar. Recuperando el origen griego del término, el *idiota* no es idiota porque vaya por libre, sino porque vive en la ilusión de creer que algo así es posible. La teoría de los afectos, en la perspectiva de Quintana, viene a implicar esto mismo: las interrelaciones son inevitables porque los afectos suponen “quedar atravesado por algo que se experimenta como fuerza: algo que se impone más o menos” (p. 66). Es decir, el juego político es de un tipo inalienable y los individuos no son capaces de controlar la medida en cómo les afectan las acciones del grupo o de otros individuos particularmente. Es decir, la “afectación” repara especialmente en como la política es vivida y habitada en un cuerpo que necesita coexistir.

Enlazando con esto último, llegamos a otro de los elementos cruciales del libro: la política de los cuerpos. Este asunto es tratado en el capítulo dos, aunque cabe indicar que es angular en el pensamiento de Quintana. La razón por la que es angular se debe a su premisa: para establecer una filosofía de los afectos hay que aceptar primero que son los cuerpos los receptores de la afección. Es decir, cabe discutir primero que los cuerpos no son un recipiente, portador del sujeto político como una cáscara, sino que conforman al sujeto político e influyen en su modo de hacer. Son los cuerpos los que son desahuciados, ahogados o quemados en tiendas de campaña. Y son los cuerpos también los que se rebelan, los que se manifiestan, los que padecen la angustia y el hastío hasta donde pueden soportar. Por supuesto esto no significa que los cuerpos sean sin cabeza, o que al cuerpo no le acompañe el pensamiento. Significa, solamente, reparar en que los cuerpos forman una parte clave de lo que sea que llamemos política, y que atender a las implicaciones de esta premisa es ya una nueva oportunidad para pensar el conflicto. Personalmente defiendo que en el siglo XXI ningún pensamiento político debería ignorar esta cuestión.

Si aceptamos esta premisa, entonces es más razonable querer trabajar situadamente. Quintana lo hace. En varias secciones del libro explica su trabajo sobre la violencia institucional y la dominación, así como las posibilidades de emancipación, aplicado a colectivos racializados y mujeres en el contexto de Latinoamérica. Siguiendo su propuesta, la dominación y la violencia institucional serían formas de afectar a los individuos con arreglo a una determinada respuesta; buscando un orden. En el contexto del capital, el estímulo del consumo no cumpliría una función de crecimiento económico inocuo, sino que sucedería solo como una forma de dominación económica. Las consecuencias, además, serían la desmovilización, a la que responderían formas nuevas y originales de emancipación.

A raíz de estas cuestiones cabe destacar también la influencia de Hannah Arendt en el trabajo de Quintana. Apareciendo de forma reiterada en el libro, Quintana recurre especialmente a ella para profundizar tanto en la cuestión del pensamiento situado como en la cuestión de la política como experiencia de los cuerpos. Como problemática, identifico aquí el peligro de entender las emancipaciones como acciones oportunas, o espacios de resistencia, o rituales ocasionales. Siguiendo la línea de autores como Stavros Stavrides⁶, creo que la tarea pendiente es plantear las emancipaciones como alteraciones de los ritmos, las prácticas, los hábitos. En este sentido, el diálogo con Arendt tal vez sea insuficiente, o tal vez requiera de una relectura si cabe más radical aún de sus presupuestos.

Espacios Afectivos: Instituciones, Conflicto, Emancipación cumple con su cometido principal: sintetizar y aclarar cuestiones que aparecen en obras anteriores de Quintana. Es un libro de una escritura más difícil de lo que pudiera parecer, no solamente por el formato —ha de lograr dinamismo sin ser un mero preguntas y respuestas—, sino porque

tintas de comprender y habitar el mundo. Como naturalista, pongo como ejemplo la física al ser una disciplina que nos informa sobre cómo el mundo es, y la ética por ser la disciplina que nos sugiere cómo deberíamos actuar.

⁴ Véase: *op. cit.*, 1996 p. 49-50; *op. cit.*, 2006 p. 70-71.

⁵ Véase X. Bassas, Jacques Rancière: *Ensayar la Igualdad*, Barcelona, Gedisa, 2019, p. 72.

⁶ Véase: S. Stavrides, *Hacia la Ciudad de Umbrales*, Madrid, Akal, 2016.

busca un equilibrio entre ser un texto cercano, un tanto divulgativo, y tratar cuestiones filosóficas que requieren de cierta iniciación a la filosofía y al conocimiento de ciertos autores. En este sentido, el libro hubiera agradecido más detenimiento en algunos de sus puntos. Algunas de las problemáticas finalizan como si no requiriesen de mayores comentarios, lo cual es sorprendente dado lo rompedor de sus planteamientos. Esto, claro, no sucede siempre. Por poner un ejemplo, la cuestión de los afectos, muy central, está desarrollada con gran detalle. Con todo, el texto ofrece lo que promete, y cualquier lector insatisfecho siempre podrá acudir a libros anteriores de Quintana para mejor comprensión y discusión.

Para terminar, regreso al principio de esta reseña, a modo de síntesis. La *dana* de Valencia ha sido un recordatorio que en nuestro mundo operan mecanismos de coacción que parcelan las experiencias y asignan a los cuerpos ocupaciones determina-

das en lugares concretos conforme a una serie de cambiantes intereses. Un mundo en que los cuerpos se ven empujados al límite de lo que pueden⁷. Un mundo que forma “Máquinas de Vivir”, tal y como titulan María García y Pedro G. Romero a su análisis de los desplazamientos —físicos y simbólicos— de la comunidad gitana en Catalunya durante el siglo XX⁸. Su frase, como yo la tomo, puede resumirse de forma que ayude a la comprensión del libro que reseño: si vivir supone consumir, y vivimos bajo un sistema que entiende el consumo como el motor exclusivo de la mejoría de la vida (en términos de crecimiento económico), entonces el sistema tomará nuestra vida como motor de la mejoría de sí misma, es decir, nos convertirá en máquinas de vivir: vivir ya no será un fin en sí, sino un medio para la consecución de sí. La *dana* es un recordatorio de que pensamientos como el de Quintana son de acuciante actualidad.

⁷ L. Quintana, *Política de los Cuerpos*, Barcelona, Herder, 2020.

⁸ M. García, P., Romero, *Máquinas de Vivir: Flamenco y arquitectura en la ocupación y desocupación de espacios*, Barcelona, Puente Editores, 2019.